
MATEO Y
LA FIERA

Escrito en Resistencia – Chaco
Mayo 2025
por: Eduardo “Barba” Gómez Mian

Prólogo

Dicen que para sentirse realizado en la vida hay que plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Árboles planté muchos (varios todavía sobreviven), hijos tengo dos —que me salieron más que bien, al menos a mi parecer— y este… este es mi primer intento de libro. Así que, con esto, podría decir que estoy empezando a tachar casilleros.

Aclaro desde ya que lo que van a leer no pasó. No es autobiográfico, no es un testimonio, y ni siquiera está inspirado en hechos reales. Es una ficción corta, nacida del placer de escribir, de imaginar, y con la única intención de que el lector —vos— pierdas un poco de tiempo... pero de forma agradable. Si lográs sonreír, emocionarte o simplemente olvidarte un rato del mundo, entonces la misión está cumplida.

¿Y por qué una historia de motos? Porque las motos, como los cuentos, tienen esa hermosa costumbre de sacarnos del lugar donde estamos para llevarnos a donde queremos estar.

Nos vemos en la ruta.

Mateo y La Fiera

Mateo tenía 26 años y era, como dicen en el barrio, un pibe bien. No le faltaba el plato de comida, ni techo, ni amigos para el asado del domingo. Vivía en la casa de siempre, en Lanús, con su vieja y sus hermanas menores, y laburaba en una oficina de seguros en el microcentro. Nada de lujos, pero tampoco dramas. Un sueldo justo, una rutina estable, y una vida que marchaba como un tren sin sorpresas.

Pero Mateo tenía algo adentro. No era ambición de plata ni fama, era otra cosa. Una especie de *picazón del alma*, un llamado a hacer algo que no sabía explicar con palabras. No quería ser alguien mejor. Solo quería ser **más**. Quería una vida con historias que valieran la pena ser contadas, con emoción. Una vida donde el lunes no se sintiera como una condena.

Cada mañana, mientras subía al bondi rumbo a la oficina, se colgaba mirando las motos que pasaban. Las veía como caballos salvajes dominando el asfalto. No era envidia: era hambre. Hambre de algo distinto, de viento, de escape. Su vida estaba atada con clips y planillas de Excel, pero su alma pedía más.

Una noche de calor pegajoso, en la terraza con su amigo Nico, birra en mano y piernas colgando por la baranda, Mateo lo soltó sin anestesia.

—Me voy a comprar una moto.

Nico se le atragantó de la risa y casi escupe el maní que masticaba.

—¿Vos? ¿Moto? Si no sabés ni cambiar una bujía, Mateo.

—No necesito saber. Necesito sentir —le contestó sin dudar, con una seriedad que hasta él desconocía.

Nico lo miró con una ceja levantada. Se rascó la barba con sospecha, como olfateando que ahí había más que una frase canchera.

—¿Y eso de dónde te salió? ¿Qué te pasó ahora?

Mateo se quedó un segundo en silencio, mirando la calle abajo, donde las luces de los autos titilaban como luciérnagas de ciudad. Dio un sorbo largo a la birra, exhaló y se mandó.

—Estoy harto, boludo. Me levanto, viajo una hora y pico, me clavo en una oficina donde el sol ni entra, vuelvo cansado, ceno, me tiro en el sillón, veo tres capítulos de algo que no me cambia la vida, y a dormir. Y así… todos los días. No me falta nada, pero tampoco me pasa nada.

— ¿Querés renunciar?

—No. O sí. No sé. No es el laburo. Soy yo. Es mi vida… que parece una playlist en modo repetición. No me quejo, posta. Tengo salud, mi vieja está bien, no me falta el mango para comer… pero siento que sí no hago algo distinto ahora, se me va a ir la vida sin haberla sentido de verdad.

Nico bajó un cambio. Ahora lo escuchaba con respeto.

—¿Y la moto?

—La moto es el primer paso. No sé nada de motos, no tengo a nadie que me enseñe… pero cada vez que las veo pasar siento que me llaman, ¿entendés? Como sí me dijeran: "¿Qué hacés ahí, flaco? Vamos a vivir."

—Sos un poeta de terraza, vos.

—Me río, pero es posta. No quiero tener cuarenta y darme cuenta de que nunca me animé a salirme del molde. No me interesa tener más guita o una vida mejor, sólo quiero que me lata más fuerte el pecho. Vivir con ganas, aunque me mande cagadas.

—Y vos pensás que eso lo vas a encontrar en una moto.

Mateo lo miró firme.

—No lo sé. Pero lo voy a buscar ahí. Por lo menos, es un comienzo.

Nico asintió en silencio. Ya no se reía.

—Bueno, entonces ya sabés… cuando la tengas, me llevás a dar una vuelta. Pero con casco, eh. Que yo no quiero morir joven y ridículo.

Mateo sonrió.

—Tranquilo. Ridículo ya sos. Joven no sé.

Y así fue. Se puso en modo liquidación total. Vendió la Play, un par de zapatillas de colección que le dolieron más que una traición, y hasta algunos cachivaches que ni sabía que tenía, pero que en Marketplace fueron oro. Cada peso sumado era como tachar un día del almanaque. No le alcanzaba, pero tampoco se iba a rendir.

Empezó a hacer changas: ayudó a un vecino con mudanzas, le ofreció a su tía hacerle de chofer a cambio de una propina digna. Cada billete que caía iba derecho a un sobre con una calcomanía de una calavera que decía *"Futuro sobre ruedas"*.

Después de meses de juntar como hormiga, la encontró. Una Mondial 254 usada, publicada por un flaco de Lanús que la tenía más de adorno que de vehículo. Estaba curtida, con el tanque rayado y un asiento que había visto mejores días, pero cuando la vio, algo hizo clic. No era nueva ni mucho menos, pero tenía alma. La miró, la tocó, la escuchó arrancar… y supo que era esa.

Con un apretón de manos, y la panza llena de nervios, se la llevó a casa. La bautizó "La Fiera", no por lo indomable, sino por lo feita que se veía. Esa moto no venía con manual, venía con historia.

La primera vez que la arrancó, sintió algo nuevo. El rugido del motor fue como un latido distinto en el pecho. No era sólo un vehículo, era una extensión de su deseo. No tenía ni guantes, ni experiencia, ni idea de mecánica. Pero tenía una certeza: esa máquina lo iba a llevar a un lugar donde pudiera encontrarse.

La noche que la llevó por primera vez al barrio, Mateo la estacionó frente a su edificio como sí fuera un trofeo. No brillaba, ni hacía ruido de película… pero era suya. La Fiera lo miraba con ese faro tuerto pero orgulloso, como diciéndole: “¿Y, flaco? ¿Vamos o no vamos?”

Al rato cayó Nico, convocado con un audio de voz lleno de euforia y emojis de fuego.

—¿Esta es? —dijo, acercándose con cautela, como sí fuera un bicho raro.

—Esta es —respondió Mateo, acariciando el tanque como sí fuera un perro bravo al que recién estás conociendo.

Nico se agachó, la rodeó, la tanteó.

—Está… linda. A su manera. Tiene cara de que ya atropelló un par de sueños, pero bueno, sí no te mata, te hace fuerte.

Mateo se rió.

—Es perfecta. Bah, para mí lo es. Ya estoy pensando en hacer un viajecito.

—¿Vos sólo? ¿A dónde?

—Ni idea. Vi unos grupos en Facebook, de motoqueros que hacen encuentros por el país. Gente común, como vos y yo, que se junta, viaja, acampa, comparte asado, historias… y quilombos también. Me metí a leer por curiosidad y ahora no me lo puedo sacar de la cabeza. Quiero ir, Nico. Aunque sea a uno, a lo que sea.

—¿Y ya tenés todo?

—Me falta un montón, pero me alcanza el entusiasmo. Lo único que me frena es que no tengo casco.

Nico chasqueó los dedos, se dio vuelta y dijo:

—Esperá acá.

Volvió a los diez minutos con un casco viejo, color rojo desteñido, con calcos pegadas de bandas de rock que ya no existen.

—Lo tenía tirado en casa desde que mi viejo vendio la Zanella. Está medio feo, pero te va a servir para arrancar.

Mateo lo agarró como sí fuera un yelmo medieval. Lo miró con respeto, lo probó, y le calzó justo.

—Es horrible —dijo riéndose—, pero me queda pintado.

—Más que pintado, estampado. Pero no te hagás el exquisito. Ya vas a tener el tuyo, piloto.

Esa noche durmió con el casco apoyado al lado de la cama, como sí fuera una estrella invitada. Al día siguiente, con mochila al hombro, nervios en el estómago y el miedo bien guardado, Mateo salió a la ruta. Iba a su primer motoencuentro, no sabía lo que se iba a encontrar ni tampoco con quien. Y justamente por eso, no podía esperar más para empezar.

El primer viaje fue hasta Dolores. No era lejos, pero para Mateo era como ir a Machu Picchu en chancletas.

Sintió el viento colarse por la campera, el frío en los nudillos, y una mezcla de adrenalina con torpeza que le hacía latir todo.

En la ruta aprendió cosas rápido: que las camionetas no te ven, que hay baches que parecen cráteres y que, por más que el GPS diga una cosa, el instinto te lleva por otro lado.

En una estación de servicio, conoció a Rafa. Un tipo de barba blanca, chaleco de cuero y ojos de quien ya lo vio todo. Le clavó la mirada y le dijo:

—¿Vas a Dolores?

—¿Se nota? —respondió Mateo.

—Se nota que tenés el casco mal abrochado y cara de no saber dónde estás parado. Pero tenés una moto con alma. Eso te ayuda.

Rafa le convido un mate, y entre charlas le enseñó a ajustar la cadena con un rudimentario dibujo en una servilleta y le contó que en Dolores se encontraba con el resto de su MC. “Si querés entender qué es esto, tenés que ir”, le dijo.

Mateo no sabía sí era una trampa, una joda o un llamado del destino. Pero con la Fiera caliente y el corazón a mil, supo que no iba a volver a casa ese fin de semana.

Arrancó la moto, se acomodo el casco y salió detrás de Rafa.

Dolores

El sol ya estaba bajando a pique cuando Mateo vio la polvareda y escuchó la sinfonía de escapes que ronroneaban como gatos grandes. Dolores no era una ciudad gigante, pero el predio de la juntada motera era un quilombo bárbaro. Musica al palo, Carpas, parrilas con olor a choripán y un mar de cromados y cuero se extendían hasta donde la vista le daba. La Fiera, con el motor humeando de cansancio, lo llevó hasta una zona más tranquila, donde la estacionó entre una Harley impecable y una gilera oxidada del año del ñaupa.

Se bajó con las piernas medio tembleques y la sensación de ser un marciano en un planeta conocido. Todos parecían conocerse, se reían a carcajadas, brindaban con latas de cerveza. Mateo se sintió el pibe nuevo en el recreo. Se ajustó el casco, aunque ya estaba parado, por pura costumbre.

—¿Te perdiste, pibe? —una voz grave lo sacó de su nube.

Era Rafa, con dos tipos más que lo miraban con curiosidad. Uno tenía una barba igual a la de Rafa, pero más oscura, y el otro era flaco y con tatuajes hasta en el cuello.

—No... no sabia donde dejar la moto —respondió Mateo, sintiéndose medio zonzo.

Rafa sonrió.

—Estos son El Indio y El Flaco. Los Cuervos del Sur. Vimos que venías un poco lento, pero llegaste. Eso ya es importante.

El Indio le extendió una lata fría.

—Bienvenido. Aca no hay dramas, sólo códigos. El primero: sí tenés sed, tomá.

Mateo aceptó la cerveza, el frío en su mano se sintió como una bendición. Mientras la tomaba, sus ojos se toparon con una silueta sentada en un banco, bajo una lona improvisada. Una mujer con el pelo teñido de un violeta oscuro, tan intenso como el atardecer que se venía, estaba concentrada en un brazo ajeno. Una máquina de tatuar zumbaba en sus manos. Su piel estaba cubierta de tinta, como un mapa de historias secretas, y sus ojos, al levantar la vista por un segundo, fueron un destello verde que lo atravesó. Era una mirada que no pedía permiso, que observaba y evaluaba.

Rafa, como sí hubiera notado su distracción, le dio una palmada en la espalda.

—Esa es Lua. La artista de la familia. Mejor no la jodas sí no querés terminar con una calavera en la frente.

Mateo no pudo evitar una sonrisa. Lua lo había enganchado en su campo visual por un instante más, un segundo que se estiró, antes de volver a su trabajo.

Había algo en ella que lo hipnotizaba, una mezcla de fuerza y misterio.

Más tarde, ya entrada la noche, el ambiente se puso más picante. El rock sonaba desde el escenario y una fogata gigante invitaba a arrimarse. Varios moteros se animaron a una "carrera de lentitud", una especie de carrera donde el objetivo es ir lo más despacio posible sin apoyar los pies. Mateo, con la cerveza aflojándole la vergüenza, decidió probar suerte.

La Fiera, acostumbrada al poco uso, parecía protestar bajo sus manos. Avanzó a tirones, tambaleándose como un borracho. Los aplausos y las risas de los demás lo animaban, pero también dejaban en evidencia su falta de maña. Por un momento, creyó que se iba a caer. Su pie casi tocó el suelo, pero en el último instante, se enderezó con un volantazo torpe. No ganó, ni siquiera llegó a la meta sin zigzaguear como una víbora borracha, pero la sensación de intentar algo nuevo, de reírse de sí mismo y de sentir adrenalina incluso en ese lento avance, fue liberadora.

Al final de la noche, cansado pero con el corazón lleno, Mateo se metió en su carpa prestada. El olor a nafta y a asado se mezclaba con el eco de las risas y el ronroneo lejano de algún motor. Desde su oficina, a 200 kilómetros de distancia, esta vida parecía un sueño imposible. Ahora, con el rugido de La Fiera todavía vibrando en sus huesos y la imagen de los ojos verdes de Lua grabada en su memoria, Mateo supo que había cruzado un umbral. No era sólo la ruta, era el inicio de

algo más grande, de una amistad, de una aventura. Y, quizás, de un camino que lo llevara a un lugar que nunca había imaginado.

Asfalto que muerde

A la mañana siguiente, el predio de Dolores era un hormiguero que empezaba a desperezarse. Los Cuervos del Sur, con Rafa a la cabeza, ya estaban calentando motores. Mateo, que había dormido como un tronco a pesar de la carpa incómoda, sintió un subidón cuando Rafa le hizo una seña para que se acoplara a la fila. Junto sus cosas a las apuradas y salto en la Fiera, que con el frío de la madrugada, arrancó con un estornudo ruidoso, pero pronto encontró su ritmo.

Salieron de Dolores en caravana, una fila de motos y cuerpos que cortaba el viento. La ruta, por momentos, era un billard perfecto, por otros, un colador con baches traicioneros. Mateo iba concentrado, siguiendo la rueda de la moto de El Indio, sintiendo la adrenalina de ser parte de algo. Iba tan enchufado que tardó en darse cuenta de que algo no andaba bien.

El Indio, unos metros adelante, empezó a zigzaguear de golpe. La moto se le fue de control, patinó y, con un chirrido de metal contra el asfalto, terminó tirada a un costado. Los demás frenaron de golpe, la polvareda los envolvió.

—¡La puta que lo parió! —gritó Rafa, ya bajando de su Chopper y corriendo hacia El Indio.

Mateo estacionó La Fiera de un cachetazo y se bajó, el corazón galopando a mil. El Indio estaba levantándose, renegando, y su moto tenía la rueda delantera hecha flecos. Un bache traicionero, de esos que parecen cráteres lunares, había reventado la cubierta y doblado la llanta.

Mientras Rafa y El Flaco evaluaban los daños, una sombra se acercó. Era Lua. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón de cuero, el ceño fruncido y una mirada que no se le escapaba un detalle.

—Qué cagada, Indio —dijo con una voz calma, pero con un filo que no admitía quejas.

El Indio le tiró una puteada al bache.

—¿Alguna idea, bruja? La cubierta no sirve mas.

Lua se arrodilló al lado de la rueda, la tocó con una delicadeza inesperada, y luego se levantó.

—Hay un gomero como a diez kilómetros, por la ruta vieja. Pero hay que llevar la rueda, y no tenemos una de auxilio de este tamaño.

El silencio se hizo pesado. Estaban en medio de la nada.

Rafa se rascó la barba.

—Podríamos mandar una moto, pero sí el gomero no tiene la medida…

Fue en ese momento que a Mateo se le encendió la lamparita.

—Mi moto. La rueda de La Fiera es parecida. Podría servir de reemplazo hasta que el Indio consiga la suya.

Todos lo miraron. La idea era arriesgada. La mondial de Mateo era más chica, pero la rueda completa podría entrar entre los barrales de El Indio. Además, significaba que Mateo se quedaría tirado ahí, sin moto.

Lua fue la primera en hablar, con esa mirada verde clavada en él.

—Estás loco, pibe. ¿Y vos qué hacés?

—Y… me quedo acá. O me llevan a upa —dijo Mateo, intentando sonar canchero para disimular el nerviosismo.

Rafa lo pensó un segundo y luego sonrió, una sonrisa que a Mateo le pareció una especie de bendición.

—Tiene razon el pibe. Está bien. Nosotros llevamos la moto del Indio con la rueda del pibe arreglamos en el pueblo lo que se pueda y volvemos. Vos, Lua, quedate con Mateo. Y esperen acá. No se muevan.

Lua lo miró a Mateo, una ceja levantada, una pizca de asombro en sus ojos. Él le devolvió la mirada, con una mezcla de orgullo y una pizca de miedo por quedarse a

solas con ella. Desarmaron la rueda de El Indio, que era un laburo de paciencia. Mateo, con la ayuda de Rafa, logró sacar la suya de La Fiera. Cuando las dos motos quedaron con una rueda menos, como perros cojos, El Flaco y Rafa se subieron a la moto de El Flaco, llevando la rueda dañada, y el Indio en su moto con la rueda prestada, se perdieron en la distancia.

Mateo se quedó de pie al lado de La Fiera, que ahora parecía una moto de juguete. Lua se sentó en el guardabarros de su propia moto, prendió un cigarrillo y lo miró. El viento soplaba, trayendo el olor a tierra y a asfalto caliente. El silencio era tan denso que casi se podía tocar. Mateo se dio cuenta de que no había estado sólo con una mujer tan fuerte y con tanta personalidad en mucho tiempo. Y la situación, en medio de la nada, con las motos rotas y la espera, le daba una sensación extraña de vulnerabilidad y adrenalina. El asfalto, pensó Mateo, no era sólo un camino. También podía morderte y dejarte a la intemperie. Y en esos momentos, no había planillas de Excel que te salvaran.

La bruja del asfalto

El sol ya empezaba a pegar fuerte cuando el ruido de los motores se perdió en el horizonte. Mateo y Lua se quedaron sólos a la vera de la ruta, con sus motos, una

al lado de la otra. El silencio se hizo denso, sólo interrumpido por el canto de los pájaros y el viento que silbaba entre los pastizales.

Mateo no sabía ni por dónde arrancar. La situación era media incómoda. Se rascó la cabeza.

—Che, ¿y ahora qué hacemos? ¿Esperamos nomás?

Lua, que estaba sentada en el guardabarros de su moto, fumando tranquila un cigarrillo, lo miró con esos ojos verdes que eran dos puñales.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ponerte a armar un rompecabezas? Hay que esperar. A menos que quieras ir a buscar la rueda a pata.

Mateo se encogió de hombros, con una sonrisa media forzada.

—No, no, a pata ni a la vuelta de la esquina. Pero… no sé. Nunca me quedé así, tirado en la ruta. En la oficina, sí algo no andaba, llamaba a Sistemas.

Lua soltó una risita seca, casi un resoplido de humo.

—Acá no hay "Sistemas". Acá te arreglás con lo que tenés, o te jodés. Es la ruta.

El viento se puso más bravo de repente, levantando una pequeña polvareda que les hizo entrecerrar los ojos. En ese momento, escucharon un ruido, un chillido agudo que venía de los pastizales. Un bichito raro, con pinta de rata gigante, salió disparado y corrió directo

hacia la rueda de La Fiera, como sí la fuera a morder. Mateo dio un saltito para atrás, medio sorprendido y medio asqueado.

Pero Lua ni se inmutó. Antes de que Mateo pudiera reaccionar, la vio moverse con una velocidad de rayo. Su mano, tan adornada con tatuajes, salió disparada del bolsillo. No sacó una herramienta, ni un palo. Sacó un cuchillo, uno chico, con la hoja brillando al sol, y lo clavó con una puntería que dejó a Mateo helado, justo al lado del bicho. El animal chilló y se escapó asustado, desapareciendo entre el pastizal.

Mateo se quedó mudo, con los ojos como platos.

—¡Apa! ¿Tenés un cuchillo?

Lua guardó el arma con la misma calma que la había sacado.

—Siempre. Nunca sabés lo que te vas a encontrar en el camino. Los bichos, los garcas, o los boludos que te rompen las bolas.

Mateo tragó saliva. La mina era mucho más que una tatuadora. Tenía una “coraza” y una viveza que lo descolocaban. Había una frialdad calculada en sus movimientos, algo que sólo se aprende en la calle, o en algún lugar donde la vida no te da permiso para dudar. La vio como nunca la había imaginado: fuerte, independiente, casi peligrosa. Y la atracción que sentía por ella se multiplicó por mil. No era una mina que te

pedía ayuda, era una que te la daba (o te la negaba) con una firmeza que asustaba.

El tiempo siguió pasando, el sol siguió subiendo. Las palabras de Lua se le quedaron grabadas a fuego. Ya no era sólo el miedo a la oficina, o el sueño de la libertad lo que lo impulsaba. Ahora, la intriga por esta mujer, por su historia oculta, por su forma de encarar la vida, se había sumado a la lista.

Finalmente, el ronroneo familiar de una moto a lo lejos anunció la llegada. Rafa, El Flaco y El indio aparecieron por el horizonte, con la rueda reparada y una nueva cubierta que parecía un neumático de camión. El alivio fue general.

—Todo en orden por acá? —gritó Rafa, con la voz ahogada por el casco.

Lua le dio una mirada de reojo a Mateo, y él supo que, a pesar de las apariencias, la espera había sido mucho más que un embole. Mientras ayudaban a Rafa a poner la rueda nueva en la moto de El Indio, Mateo no podía dejar de pensar en lo que había visto. Lua era un enigma andante, una fuerza de la naturaleza. Y él, el pibe de la oficina, estaba cayendo rendido a sus pies, cada vez más enganchado a esta vida reventada de asfalto, libertad y misterios sin resolver.

La Fiera volvió a rugir como la bestia que era, con su rueda en su lugar y la de El Indio como nueva. La caravana de Los Cuervos del Sur volvió a picar en la

ruta, con Mateo sintiéndose un poco más uno de ellos. Ya no era el pibe de oficina con casco prestado, era el loco que había prestado su rueda en medio de la nada.

El sol de la tarde les dio de lleno mientras se metían en un pueblito de mala muerte llamado Villarruel. Tenía un sólo semáforo que no andaba, una plaza con un mástil torcido y un boliche con el cartel medio caído que prometía “La Mejor Pizza de la Región”. Rafa, con una sonrisa de oreja a oreja, les hizo señas para que entraran.

—Acá es donde paramos siempre. ¡Hoy hay asado y birra hasta que reviente la panza! —gritó, mientras estacionaba la Chopper.

El lugar era un bodegón medio pelo, pero con un patio enorme atrás donde ya había una parrilla humeando y un par de tablones llenos de gente. El olor a carne asada era una caricia al alma. Mateo se sintió como en casa, aunque no supiera bien qué hacer con las manos. Se sumó a la ronda donde El Flaco y El Indio ya estaban repartiendo fernet con coca en jarras.

—¡Salud, che! Por la ruta y por los que no abandonan —dijo El Indio, dándole un vaso a Mateo.

Mientras charlaba y se reía de las boludeces que contaban, sus ojos buscaban a Lua. La vio sentada en un rincón, con un vaso en la mano, hablando con una mina de trenzas. Cuando sus miradas se cruzaron, Lua

no desvió la vista. Lo mantuvo, una chispa, un desafío silencioso. Mateo sintió un cosquilleo en el estómago.

Más tarde, cuando el asado ya estaba en su punto y la música sonaba a todo volumen, Mateo se acercó a ella.

—¿No vas a bailar, che? —preguntó, medio en broma.

Lua levantó una ceja, esa que le daba un aire de mala onda que a Mateo le encantaba.

—¿Bailar? Eso no es para mi

Mateo sonrió.

—Una pena. Pensé que podríamos quemar un poco de calorías.

De repente, un grandote con una barba colorada y una campera que decía "Vikingos del Norte" se acercó a Lua, apoyándole una mano en el hombro.

—¿Qué onda, Lua? ¿Me vas a tatuar al final lo que te pedí?

Lua lo miró con una frialdad que helaba.

—Cuando me pagues lo que me debés, Toro. Y sacá la mano.

El Toro, lejos de achicarse, soltó una carcajada y se inclinó, como queriendo darle un beso en la mejilla. En ese instante, Mateo sintió un calor en la nuca. Se adelantó un paso, sin pensar.

—Eh, loco, la piba dijo que saques la mano. ¿No escuchaste?

El Toro se enderezó y lo miró a Mateo, con esos ojos de mal bicho.

—¿Y vos quién sos, chetito? ¿El novio de la bruja?

Mateo no era de pelear, pero la rabia le subió a la cabeza.

—Soy uno que te va a romper la cara sí no la dejás en paz.

La tensión se podía cortar con un cuchillo. Lua, sin embargo, se puso de pie, con una calma que descolocó a todos.

—Bajen un cambio, boludos. Toro, rajá de acá. Mateo, vos tranquilo.

El Toro, con una mirada de advertencia a Mateo, se encogió de hombros y se fue, no sin antes refunfuñar algo por lo bajo.

Lua lo miró a Mateo.

—¿Qué te pasa? ¿te creés el caballero andante? Me sé defender sola, gracias.

Mateo, con el corazón todavía a mil, le respondió.

—No sé. Me salió. No me gusta que te jodan.

Lua lo miró a los ojos, una mezcla de enojo y algo que Mateo no pudo descifrar. Por un segundo, creyó ver una grieta en su armadura, un pequeño brillo que le decía que, quizás, no le había molestado tanto su intervención. Se quedó parado, sintiendo la tensión flotar en el aire, mientras la música seguía sonando. La ruta, y ahora también Lua, le estaban enseñando que la vida era mucho más jodida que las planillas de Excel. Pero también, mucho más viva.

La resaca del alma

El sol ya estaba picando en el horizonte cuando Mateo se despertó, medio aturdido por la resaca de la birra y el fernet de la noche anterior. Se había tirado en una carpa que le prestaron, y el olor a tierra y a asado se le había metido hasta los huesos. Se sentó, estirando las piernas, y miró el campamento que empezaba a desperezarse a su alrededor.

La noche anterior, la de la discusión con el Toro, le daba vueltas en la cabeza. No sabía qué lo había impulsado a meterse, a plantarle cara a ese grandote. Nunca fue de buscar quilombo, más bien de evitarlos. En la oficina, sí había un problema, se escondía detrás del monitor. Pero con Lua, algo se le había prendido fuego adentro. Y la forma en que ella lo había mirado después, esa mezcla de enojo y algo más, lo tenía a maltraer.

Se levantó y fue a buscar un poco de agua, sintiendo la cabeza como un bombo. Mientras caminaba entre las

motos, un pensamiento le pegó de lleno. Hacía apenas unos días, su vida era un embole. La rutina, las planillas, el colectivo a la mañana. Ahora, estaba en un pueblo que no conocía, con una banda de locos que se movían en moto, y una mina que lo tenía de la nuca.

¿Y el miedo? Sí, estaba ahí, un poco. Pero mezclado con una adrenalina que nunca había sentido. La ruta no era un camino, era una escuela. Y a las piñas, literal. Había aprendido que las camionetas no te ven, que hay baches que te rompen la boca, y que la gente te sorprende. Había visto a Rafa con su cancha, la lealtad de El Indio y El Flaco, y la viveza de Lua.

La Fiera, ya no era sólo un medio de transporte. Era su boleto de escape, la nave que lo estaba llevando a conocerse a sí mismo. ¿Quién era este Mateo que se metía en quilombos por una mina? ¿Quién era este Mateo que prestaba la rueda de su moto sin pensarlo?

Mientras se tomaba el agua, bien fría, se cruzó con Rafa, que estaba revisando su Chopper.

—¿Todo bien, pibe? Tenés cara de haber pasado la noche a los gomazos —le dijo, con una sonrisa.

Mateo se rió.

—Más o menos. Pensando en todo.

Rafa se apoyó en su moto, fumando un cigarrillo.

—La ruta te hace pensar, ¿viste? Te despeja la cabeza. Te saca la mugre.

Mateo asintió.

—Sí. Nunca me sentí tan... vivo. Pero también, tan afuera de órbita.

Rafa lo miró fijo, con esos ojos de quien ya lo había visto todo.

—Estás aprendiendo, pibe. Esto no es sólo andar en moto. Son Codigos. Una forma de vida.

La palabra "código" le resonó a Mateo. Recordó lo que El Indio le había dicho la primera noche: "no hay dramas, sólo códigos". Y lo que había pasado ayer, cuando defendió a Lua del Toro, eso era un código. Era un instinto, una forma de proteger a los "suyos".

De repente, la idea, que hasta ese momento había sido un murmullo lejano, tomó una forma más nítida. ¿Y sí este era su lugar? ¿Y sí esta era la familia que no sabía que estaba buscando? Había visto la hermandad de Los Cuervos, la forma en que se cuidaban, la lealtad entre ellos. Era algo que le faltaba en su vida de oficina, donde cada uno tiraba para su lado.

Pensó en Lua, en su fortaleza, en su misterio. Y en cómo, a pesar de sus chicanas, había algo que los unía. Quizás, sí se metía más a fondo, sí se ganaba su lugar, sí lograba entender esos códigos, podría ser parte de esto.

La palabra "prospect" le vino a la mente. Había escuchado a Rafa mencionarla una vez, hablando de un pibe que andaba con ellos. No sabía bien qué implicaba, pero intuía que era la antesala de algo más grande, de ser un miembro de pleno derecho. La idea lo asustaba un poco, porque implicaba un compromiso que nunca había tenido. Pero, al mismo tiempo, lo atraía como un imán.

Miró a la Fiera, como sí fuera una brújula. Tenía que seguir la ruta, esa que le estaba mostrando un mundo nuevo, donde la vida no era sólo un trabajo gris, sino una aventura llena de asfalto, vida, códigos, y quizás, una hermandad donde pudiera encontrar su lugar. Y, con un poco de suerte, descifrar a la bruja del asfalto que lo tenía fascinado.

Volver fue peor que irse.

Mateo había regresado a su casa el domingo tarde casi a media noche. Con olor a humo en la campera, tierra en las botas, la moto con la cadena floja y el alma revuelta. No dijo nada cuando entró. Dejó la mochila tirada en el sillón, se sacó las zapatillas y se metió en la cama con la ropa puesta. Ni siquiera prendió el celu.

El Lunes sonó el despertador. Y aunque su cuerpo fue al trabajo, su cabeza no bajó de la moto.

Otra vez el colectivo, el amontonamiento, el olor a perfume barato mezclado con humedad. Otra vez la oficina: los tonos grises, los mates lavados, los “¿todo bien?” vacíos. La pantalla parpadeaba, el Excel lo

esperaba como sí nada hubiera pasado. Pero Mateo sabía que algo se había roto… o encendido.

Pasaron los días como en cámara lenta. Cada sonido de escape que escuchaba por la ventana lo sacudía. Cada poste de luz se le aparecía como una curva no tomada. El casco, apoyado sobre la silla del comedor, lo miraba como un perro que quiere salir a pasear.

A los pocos días, un sábado al mediodía, la necesidad se volvió insoportable. Agarró La Fiera y sin destino claro se fue a rodar. La calle lo llevó, el viento lo ayudó. Terminó en una estación de servicio de Avellaneda, sin saber cómo.

Y ahí estaba: Rafa, apoyado en su Chopper, tanque lleno, cigarro en la boca, como sí el universo lo hubiese convocado.

—Mateo —dijo sin sorpresa, como sí lo estuviera esperando.

—Rafa —respondió Mateo, bajándose del asiento como quien vuelve a casa.

—Paseo de sábado?, eh.

Mateo se encogió de hombros. No sabía cómo decir todo lo que le quemaba por dentro.

—Sí, Sali un rato. Pero no puedo más. La moto me despertó algo que no sabía que tenía. Ahora siento que cada día sin andar es como morirme un poquito.

Rafa lo miró en silencio unos segundos. Luego soltó el cigarro, lo pisó con la bota y habló con ese tono suyo, pausado, casi como sí recitara.

—Vos te enamoraste de la vida, pibe. Y eso está bien. Pero el viento no mueve la moto. Ni el viaje. Lo mueve la nafta.

Mateo frunció el ceño.

—¿Qué querés decir?

—Que sin plata no hay nafta. Y sin nafta, no hay ruta. Y sin ruta, no hay historia.

Silencio.

Mateo bajó la vista. Entendía. No era sólo subirse y escapar. Había que construir la forma de sostener ese estilo de vida. La libertad también necesitaba recursos. No era un escape romántico. Era una elección práctica.

—¿Y qué hago? ¿Vuelvo al laburo de siempre para poder tener unos mangos e irme los fines de semana? ¿Eso es todo?

Rafa se rió. No con burla, con ternura.

—Nadie te va a dar el manual, Mateo. Esto no se trata de renunciar a todo, sino de encontrar un equilibrio. O de inventarlo. Pero tené en claro una cosa: sí querés vivir en la ruta, tenés que buscar tu forma de alimentarla. Porque la pasión sin nafta es poesía... y la poesía no llena el tanque ni te da de morfar.

Mateo se quedó en silencio, la mirada perdida en el surtidor que aún marcaba los litros cargados.

La frase le quedó “ardiendo” como quemadura de sol en la nuca:
"Sin plata no hay nafta."

Y entendió. Que vivir apasionadamente no era gratis. Que el fuego necesita combustible. Que soñar estaba bien, pero que el verdadero viaje recién empezaba.

Las palabras de Rafa, le taladraron la cabeza a Mateo durante días. La rutina de la oficina era una condena, pero entendió que era el peaje para seguir soñando con el rugido de La Fiera y el viento en la cara. La solución apareció un sábado a la mañana, cuando se animó a llamar a Rafa.

—Che, Rafa, ¿no necesitás una mano en el taller? Lo que sea, limpio, barro, te cebo mates…

Rafa soltó una carcajada del otro lado.

—¡Mirá vos el pibe! ¡Pensé que te habías amargado en la oficina! Dale, venite. Siempre hay algo para hacer. Te pago unas monedas, y de paso aprendés a no ser tan manco con los fierros.

Y así fue como Mateo empezó a trabajar en el taller de Rafa los fines de semana y algunas tardes después de la oficina. Al principio, era un desastre. No sabía ni agarrar una herramienta. Una vez, intentando aflojar

un tornillo, terminó con las manos llenas de grasa y la herramienta volando por los aires.

—¡Pelotudo! ¡Así vas a romper todo! —le gritó Rafa, más divertido que enojado.

Mateo se puso colorado, pero se reía de sí mismo.

—Perdón, Rafa. En la oficina lo más parecido que toco es el teclado.

—Acá vas a tocar grasa, nafta, fierros y por sobre todo óxido. Y sí tenés suerte, vas a aprender a distinguir un pistón de una bujía —retrucó Rafa, mientras le tiraba un trapo para que se limpiara.

Poco a poco, Mateo fue agarrando la mano. Aprendió a cambiar una cubierta sin reventarse los dedos, a limpiar un carburador y a diferenciar los ruidos del motor. No era un mecánico, ni a palos, pero ya no era el zonzo que no sabía ni cambiar una lamparita. Se sentía útil, y los mangos extra le daban un respiro para seguir con su sueño.

Lo mejor de todo era el ambiente. El taller de Rafa era como una extensión de la ruta. Siempre había algún Cuervo del Sur dando vueltas. El Indio pasaba a tomar unos mates, El Flaco a arreglar alguna pavada, y otros moteros que Mateo no conocía, pero que lo saludaban con un gesto de cabeza, reconociéndolo como "el pibe que ayuda a Rafa". Las charlas eran de ruta, de motos, de anécdotas bizarras y de los códigos de la hermandad. Mateo los escuchaba, absorbía cada

palabra, cada consejo. Era un bautismo de fuego en el mundo que tanto deseaba.

Un martes por la tarde, mientras Mateo intentaba sin éxito remover un amortiguador particularmente rebelde, sintió una presencia a su lado. Ese perfume medio dulzón y medio rebelde la delataron.

—¿Necesitas ayuda, pibe? Parece que estás luchando contra el universo.

Era Lua. Estaba ahí, apoyada en el marco de la puerta, con esa mirada que lo desarmaba. Llevaba una campera de jean gastada y el pelo violeta atado en una cola de caballo.

Mateo sintió un calor en la cara.

—¡Lua! No… sí. Esta tuerca me tiene a mal traer.

Ella se acercó, le quitó la llave de la mano con una naturalidad que a él le sorprendió, y con un sólo movimiento, sin esfuerzo, aflojo la tuerca que sujetaba el amortiguador.

—Así se hace, campeón. No es cuestión de fuerza, es de maña.

Se quedaron un rato charlando. Ella había ido a ver unos diseños de tatuajes que Rafa tenía guardados. Mateo le contó lo emocionado que estaba trabajando en el taller, cómo la frase de Rafa le había abierto los

ojos. Lua lo escuchó, con esa mezcla de seriedad y una pizca de curiosidad que a Mateo lo enloquecía.

De repente, a Mateo se le ocurrió una idea que le aceleró el corazón.

—Che, Lua... te quería preguntar una cosa, tengo unos mangos extra, y La Fiera anda con ganas de salir después del ultimo service... ¿No te gustaría que hagamos un viaje corto? Vos y yo. Una escapada de un día, a algún lado. A conocer un lugar nuevo, o a... no sé. Aunque sea a almorzar en algún parador, yo invito!.

Lua lo miró, una ceja arqueada, la sonrisa apenas insinuada. Hubo un silencio que a Mateo le pareció eterno. Pensó que le iba a decir que no, que estaba loco.

Pero ella se encogió de hombros, con un brillo en los ojos que lo hizo suspirar de alivio.

—¿Vos decís? ¿El pibe de la oficina y la bruja del asfalto sólos en la ruta? Podría ser divertido. Dale. Decime cuándo y dónde, y por ahí me prendo.

El corazón de Mateo empezó a galopar. No sólo había conseguido un reencuentro, sino que había abierto la puerta a una aventura a solas con la mina que lo tenía a mal traer. La tuerca apretada y la sonrisa de Lua valían más que cualquier planilla de Excel. El taller, el olor a grasa y el desafío de los fierros ya eran parte de su nueva vida. Y en el horizonte, se vislumbraba un

viaje con Lua, que prometía ser mucho más que una simple escapada.

—Bueno —dijo Mateo, tratando de sonar relajado mientras disimulaba el temblor en los dedos—. Estuve pensando… podríamos ir a Luján. Es tranqui, está cerca, y de paso comemos algo rico por allá. ¿Qué te parece?

Lua soltó una risita, esa que siempre venía con un dejo de sarcasmo.

—¿Luján? ¿En serio? Mateo… te vas a aburrir de ir a Luján después. Está bien para una virgen, pero no para una bruja.

Mateo parpadeó, entre confundido y encantado.

—¿Y entonces?

Lua se acomodó el flequillo, cruzó los brazos y apoyó la cadera contra la moto.

—Conozco un lugar mejor. Aca cerca. Paraje rural chiquito, sin Wi-Fi, sin ruido, y con un arroyo que atraviesa un campito donde viven unos amigos míos. Tienen parrilla, sombra, y una hamaca paraguaya que te cura el estrés más rápido que cualquier psicólogo.

Mateo sonrió.

—¿Y decís que nos van a recibir así nomás?

Lua lo miró con picardía.

—Si llego yo, abren la tranquera antes de que apague la moto. Vos no te preocupes. Te van a tratar bien... sí no te hacés el guapo.

—¿Y cuándo?

—El sabado

Mateo se atragantó con el aire.

—¿Así, sin anestesia?

—¿Querías ruta o no? —dijo Lua, dándole una palmada en el hombro—. Sábado a las nueve, acá. Con la Fiera lista y la cabeza despejada.

Y sin darle más vueltas, se subió a su moto, la arrancó con un rugido filoso y se alejó dejando atrás una nube de polvo y perfume a libertad.

Mateo la vio desaparecer en la esquina. Y mientras tanto, ya estaba repasando mentalmente qué poner en la mochila. Ropa cómoda, un par de herramientas básicas, repelente, una muda extra... y algo más difícil de empacar: la ansiedad de saber que ese viaje podía ser un punto de quiebre. No sólo con Lua, sino con su vida entera.

Sabado: La Fiera estaba lista. Mateo también, aunque no lo supiera.

Llegó al taller de Rafa unos minutos antes de lo pactado, con el corazón al galope y los pensamientos enredados como cables de embrague viejos. Revisó por enésima vez el cierre de la mochila, tocó la llave en el

bolsillo como un amuleto y se bajó de la moto con el pulso acelerado.

Lua ya lo esperaba, sentada sobre su moto, fumando tranquila, el pelo atado con una bandana negra y unas antiparras colgando del cuello. Tenía ese aire de “ya estuve acá y lo viví todo” que lo descolocaba y lo atraía a partes iguales.

—Viniste puntual. Bien ahí.

Mateo sonrió.

—¿Pensaste que iba a fallar?

—No, pero tampoco pensé que ibas a venir con la piojera esa de casco.

Entonces, sin decir más, bajó algo de la moto y se lo tendió. Un casco negro mate, simple pero hermoso, con una calco al costado que decía: **"Ride or Rust"**.

—¿Y esto?

—Regalo. Para que jubiles de una vez esa olla vieja que te prestaron. Ya me daba vergüenza ajena.

Mateo lo agarró con las dos manos como sí fuera un trofeo. Se le escapó una risa emocionada.

—No sé qué decir...

—Decí gracias y ponételo antes de que me arrepienta —tiró Lua, encendiendo la moto.

Y así, con el rugido de los motores y una complicidad naciente, salieron a la ruta.

La mañana era perfecta. Un cielo sin una sola nube, el viento justo, el olor a campo mezclado con el sol nuevo. La Fiera respondía como una bestia feliz, y el camino, aunque corto, era puro oxígeno para Mateo. Era la primera vez que no sentía que estaba escapando de algo, sino yendo hacia algo.

El campito estaba en un paraje rural llamado **“Las Lomas”**, una posta olvidada a la vera de un arroyo ancho y lento. Los amigos de Lua —una pareja hippie que criaba gallinas y vendía pan casero— los recibieron con abrazos, vino en jarra y un fuego encendido que ya empezaba a tomar color de asado.

La tarde se les fue entre historias, anécdotas, costillas jugosas y risas compartidas. Lua era otra en ese entorno: más relajada, más sonriente, como sí el barro y el humo le aflojaran la coraza.

Al llegar el atardecer, empezaron a preparar el campamento. Mateo sacó su carpa, la única que tenían, y empezó a armarla mientras silbaba.

—¿Y la tuya? —preguntó, mirando a Lua que lo observaba con los brazos cruzados.

—No traje —dijo, como sí fuera lo más natural del mundo.

—¿Cómo que no trajiste?

—No me gusta cargar con peso innecesario… y además, imaginé que ibas a tener lugar.

Mateo abrió los ojos.

—¿Fue premeditado?

Lua se encogió de hombros.

—Tal vez.

Silencio. Luego, una risa compartida que rompió la tensión. La carpa estaba lista. La noche también.

Ya adentro, sentados en la entrada de la carpa, con una botella de vino rústico entre los dos, miraban el arroyo bajo la luna. El sonido del agua corriendo, los grillos, la fogata iluminaba tenuemente la distancia… todo invitaba a hablar sin miedo.

Lua rompió el hielo:

—Bueno, Mateo. Ya sabés bastante de mí. ¿Y vos? ¿Qué onda?¿Qué hay adentro de tu casco?

Mateo respiró hondo, como sí tuviera que bucear en sí mismo.

—Mi vida es mucho menos épica. Nací en Lanús, casa humilde, vieja laburante, hermanas menores. Sin dramas grandes, pero tampoco con muchas emociones. Fui el “pibe bueno”, el que sacaba buenas notas, el que no jodía a nadie. Estudié lo justo, entré a una oficina, y de repente tenía veintiséis años y sentía que no había vivido nada.

Lua lo miraba sin interrumpir.

—Me gusta cocinar, me gusta andar en bici, y antes de esto pensaba que viajar era tomarme el 93 hasta el centro. Tenía un par de amigos que se fueron alejando, una ex que me dejó porque “me faltaba ambición” y una rutina que se me metió bajo la piel como una picazón constante.

—¿Y la moto?

—La Fiera me salvó. No sé cómo explicarlo… fue como prender una luz en un cuarto que creía conocer. La ruta me agarró, me sacudió y me dijo: “Despertate, flaco. Esto es vivir”.

Lua sonrió, levantó el vaso y brindó:

—Por las luces que se prenden solas.

—Y por las personas que aparecen justo cuando más las necesitás —agregó Mateo, sin dejar de mirarla.

El silencio volvió. Pero esta vez era distinto. Era cálido, cómodo. De esos silencios que dicen mucho sin apretar.

Afuera, el arroyo seguía su curso. Adentro, dos personas que hasta hacía poco eran casi extraños, empezaban a descubrirse. Sin máscaras. Sin ruido. Solo con un techo de lona, una botella de vino y una noche que prometía cambiarlo todo.

Armado de valor por el vino, Mateo, mientras miraba la fogata y con un movimiento de codo casi complice le dice a Lua:

—y adentro de tu casco? Que hay?

—Nada! Lo que ves es lo que hay!

Lua no hablaba mucho de su pasado. No porque no se acordara, sino porque dolía. Y en la ruta, los dolores no se cuentan fácil, se leen en los gestos, en las cicatrices, en los silencios. Pero esa noche, junto al fuego, mientras los demás dormían, Mateo la vio diferente. Verdadera.

—¿Alguna vez quisiste desaparecer? —le preguntó él, sin filtro, con la voz baja.

Lua lo miró. Su mirada, que siempre era filo, esa noche era más honda. Como sí abriera una puerta que siempre tenía cerrada.

—Cuando tenía catorce —respondió—. Mi viejo llegaba borracho todos los días. Un día rompió la puerta a patadas porque pensaba que mi vieja lo engañaba. Nunca pasó eso. Pero igual le rompió el brazo.

Mateo tragó saliva. Ella no lo miraba a él, miraba el fuego. Pero hablaba.

—Mi vieja… no sé, nunca fue mala. Solo… estaba ausente. Como sí nunca se hubiera querido enterar de lo que pasaba. Mis hermanos terminaron como el culo. Uno preso, otro perdido en la droga. Yo… me escapaba

cuando podía. Me iba a casas de tías, de abuelas, de cualquiera. Pero nadie se hacía cargo. Me tenían porque era lo que había que hacer. Me daban de comer, sí, pero no me miraban. Como sí no existiera.

—¿Y la escuela? —preguntó Mateo, apenas.

—La terminé porque me lo prometí. Me dije: “Aunque sea el puto título, Lua. Aunque sea eso”. Iba a la noche, con laburos en el medio. Vendí empanadas, repartí volantes, hice de niñera. Hasta lavé copas en un boliche donde me pagaban con lo que sobraba.

Mateo la escuchaba con una mezcla de respeto y dolor.

—A los 19, entré a un tattoo shop. Era un local de mala muerte, con olor a humedad y rock viejo de fondo. El dueño me contrató para limpiar y atender el mostrador. Me enamoré del lugar. Del ruido de la máquina. De la gente que llegaba rota y se iba con algo nuevo en la piel. Ahí empecé a aprender. Primero dibujando en papel, después en frutas, después en amigos medio inconscientes.

—¿Y así te hiciste tatuadora?

—Sí. A pulmón. A prueba y error. A los ponchazos. Y con el tiempo, logré alquilar mi propio depto. Chiquito, pero mío. Lo llené de plantas, de libros, de música. Mi lugar. Mi casa. Mi mundo.

Silencio.

Lua se levantó, fue hasta su moto, abrió la alforja y sacó un cuaderno gastado. Se lo alcanzó a Mateo.

—Mirá.

Mateo hojeó las páginas. Diseños. Garabatos. Frases. Algunas oscuras, otras tiernas. Historias enteras en dibujos. Tatuajes que no estaban en la piel, pero que contaban vidas.

—Este sos vos —dijo Lua, señalando un dibujo de un corazón mecánico, con tuercas, pistones y alas.

Mateo lo miró, asombrado.

—¿Por qué?

—Porque estás hecho mierda por dentro, pero tenés ganas de volar. Como todos los que valen la pena.

Mateo se quedó sin palabras. Lua volvió a mirar el fuego.

—Yo no vine a la ruta a buscar nada. Vine a dejar atrás. Pero a veces… la vida te devuelve cosas que no pediste. Y sí sabés leer la señal… quizás las aceptás.

Mateo se quedó sin palabras. El cuaderno, el fuego, Lua... todo le latía encima como una batería mal calibrada. No podía pensar demasiado, no quería pensar. Solo sentía.

Ella volvió a mirar el fuego, como quien no espera respuesta. Como quien ya lo dijo todo.

Y fue entonces, quizás por el vino de dudosa procedencia, quizás por el calor en el pecho, quizás porque el momento lo pedía a gritos y el miedo había

quedado en Lanús… que Mateo se inclinó lentamente y le tomó el mentón con una mano temblorosa pero decidida.

Lua lo miró, primero seria, después con una media sonrisa. Y no se apartó.

Entonces la besó.

No fue un beso tímido. Fue torpe, intenso, de esos que tienen más intención que técnica. Y Lua respondió como sí lo hubiera estado esperando desde el primer día que lo vio entrar con ese casco prestado. Se aferró a su cuello, lo atrajo con fuerza y dejó que todo lo que habían callado se dijera con los cuerpos.

El vino se volcó, la lona de la carpa crujió y el mundo se volvió chico, apretado, íntimo. No hubo palabras, sólo respiraciones entrecortadas, piel que buscaba piel, manos que recorrían cicatrices y mapas invisibles. Fue salvaje por momentos, dulce por otros, como una tormenta que sabe cuándo rugir y cuándo acariciar.

La madrugada los encontró enredados, desnudos bajo las estrellas, con los corazones latiendo fuerte y sincronizados. Afuera, el arroyo seguía su curso como sí nada, pero adentro, algo había cambiado.

El sol ya se colaba sin permiso por la abertura de la carpa cuando Mateo abrió un ojo, la cabeza medio revuelta y el cuerpo tibio, lleno. Lua dormía a su lado, con el cabello desparramado como hiedra salvaje y una expresión de paz que pocas veces se le había visto.

Se quedó unos minutos observándola. No por morboso, sino por incredulidad. Como quien mira algo frágil que no quiere romper.

Después, con movimientos lentos, salió de la carpa, se desperezó y empezó a preparar mate. Al rato, Lua salió también, envuelta en la campera de él, despeinada pero radiante.

—¿Siempre hacés camping con desayuno incluido? —bromeó, mientras se acomodaba los bucles.

—Solo sí me toca dormir con brujas que me hacen perder la cabeza —respondió él, con una sonrisa idiota que no podía disimular.

Ya con todo cargado en las motos, caminaron hasta la casita de los hippies. El desayuno los esperaba: pan casero, dulce de zapallo, mate amargo y una charla tranquila entre gallinas que picoteaban el patio.

La pareja los recibió con sonrisas cómplices, como sí supieran que la noche había dejado huella.

—¿Durmieron bien? —preguntó ella, guiñando un ojo.

—Soñamos mejor —respondió Lua, sin perder el tono.

Después de los abrazos, las despedidas y promesas de volver, arrancaron las motos. El viaje de regreso fue silencioso, pero no incómodo. No hacía falta decir mucho. La ruta, una vez más, hablaba sola.

Y entre cada curva, cada parador que pasaban, y cada bocanada de viento en el rostro, Mateo sentía que no sólo volvía a casa. Volvía siendo otro.

La bruja del asfalto sin haberlo tatuado le había dejado marca.

La rutina de Mateo ya no le pesaba. Ya no contaba las horas en la oficina como condena, ni veía al colectivo como una jaula. Ahora era *la previa*. Un paréntesis entre la vida y *la vida de verdad*. Los días pasaban como escalones hacia el fin de semana, donde lo esperaba el taller, la Fiera, la ruta… y a veces, Lua.

Era miércoles. Afuera, el calor pegaba como sopapo, pero el taller de Rafa era un refugio. Sonaba la radio vieja con rock nacional, el olor a grasa se mezclaba con perfume a nafta, y Mateo tenía las manos negras y el alma limpia.

Estaba ajustando una cadena cuando la sintió.

No escuchó la moto, no escuchó la puerta. Pero sintió *algo*. Una presencia. Un cosquilleo en la nuca.

Y ahí estaba. **Lua.**

Entra como sí flotara, espléndida, con el sol de fondo y una sonrisa que parecía hecha a mano. No saluda. No pregunta. No duda. Se acerca directo a Mateo, le toma la cara con ambas manos llenas de anillos y mugre, y lo besa.

Un beso largo. Decidido. Público.

El taller entero enmudece un segundo. Y después, estalla.

—¡Eeeeh gatooo! —grita uno desde el fondo.
—¡Mateo la hizo bien, vieja! —suelta otro entre risas.
—¡Mirá el pibe de Excel!

Mateo, entre ruborizado y orgulloso, no sabe sí abrazarla o pedir disculpas. Pero no hace falta. Lua lo mira con ternura y vuelve a su calma felina.

Rafa se acerca con un trapo en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

—Guacho, ¡robaste! Te ganaste a la Bruja. No sé cómo hiciste… pero hiciste.

Lua se acomoda el pelo, agarra un mate, sorbe tranquila y dice:

—… o fue al revés.

Explosión de carcajadas. Más chistes. Más palmaditas en la espalda para Mateo, que se siente más parte del grupo que nunca. Es como si, en ese beso, algo se hubiera oficializado. Como sí ahora no sólo formara parte de la ruta… sino también del corazón de la mujer que parecía inalcanzable.

Pero justo cuando la escena se volvía celebración, alguien entra al taller de golpe. Todos giraron al unísono.

Era **El Flaco**.

Venía sucio, con la ropa rota, el codo raspado y la cara hecha un desastre. Caminaba rengueando, como sí lo hubiera atropellado un tren, pero con los ojos más encendidos que nunca.

—Loco —dijo, jadeando, tragando aire como quien se está ahogando—. Me robaron la moto.

Silencio.

Esta vez, no hubo carcajadas.

Todos se pusieron serios.

Rafa dejó el trapo. Lua se paró de golpe. Mateo sintió que se le helaba la espalda.

—¿Cómo que te la robaron? —preguntó Rafa, con tono seco.

—Cerca del Bajo. Me pararon dos flacos en una moto. Me apuntaron. No la pude defender.

El taller, que hacía un minuto era fiesta, se volvió tensión pura. Nadie decía nada, pero los códigos estaban escritos en las caras.

En ese momento, Mateo entendió que “la vida” no era sólo viento y libertad. También era territorio. Y alguien acababa de cruzar la línea.

El agua del vaso temblaba en las manos del Flaco. Tenía las palmas raspadas, la remera rota y el orgullo

abollado. El silencio en el taller era tan denso que parecía que alguien lo había pintado con grasa espesa.

Rafa se le acercó, le pasó un brazo por los hombros y lo guió hasta el banco de trabajo. Todos lo rodeaban, sin decir palabra, esperando.

—Contá bien cómo fue, hermano.

El Flaco tragó saliva. Se secó la frente con la manga sucia y largó:

—Venía para acá… por la avenida vieja, la que bordea el Bajo. Zona medio picante, pero pensé que no pasaba nada, siempre vengo por ahi. De repente, siento otra moto atrás. Dos flacos. Me cierran. El que iba atrás saca un fierro… y me apunta directo al casco.

—¿Y? —apretó Rafa.

—Intenté esquivarlos… hice un giro, pero me fui al carajo. Caí al asfalto. Me raspé todo. Cuando levanté la cabeza, ya estaban encima. Uno me gritó algo, el otro agarró la moto. Y se fueron.

Rafa apretaba los dientes. Los anillos de calaveras rechinaban en sus manos.

—¿Les viste la cara?

El Flaco dudó. Bajó la vista. Y después, con una voz que parecía salirle desde el fondo del alma, lo dijo:

—Eran **los Murciélagos**. Y el que me apuntó con el arma… era **Mamut**.

Un murmullo se escapó de las bocas de todos. Algunos se miraron entre ellos. Otros se quedaron petrificados.

Mateo no entendía todo, pero *entendía suficiente*. No era un choreo al voleo. No era un robo más. Era una declaración. Una provocación.

—¿Quién carajo es Mamut? —preguntó, con los puños cerrados.

— Nadie respondió Rafa.

Lua fue la primera en romper el hielo.

—Mamut es un ex-Cuervo. Lo echaron hace años. Por traidor.

Rafa cerró los ojos un segundo. Como quien revive un mal recuerdo.

—Fue parte del club, sí. Pero empezó a jugar sucio. cosas turbias, deudas con gente pesada, quilombos con la ley. Lo sacamos. Él armó su grupito de ratas. Se hacen llamar **los Murciélagos**. Se creen dueños del Bajo.

Mateo tragó saliva. La bronca lo picaba en el pecho.

—¿Y ahora qué? ¿Nos vamos a quedar acá esperando? ¿Alguien debe saber dónde vive ese tal Mamut!

Rafa lo miró. No con enojo, sino con la calma peligrosa de quien ha visto muchas cosas.

—No te preocupes, pibe. Esto no se va a quedar así. El club va a tomar cartas en el asunto.

—¿Querés decir…?

—Quiero decir que **la moto es sagrada**. Y nadie le roba a un Cuervo sin pagar las consecuencias.

Mateo sintió cómo algo se activaba en su interior. No era sólo bronca. Era otra cosa: código. Ese código del que tanto hablaban, pero que ahora latía en carne propia. Ya no era un invitado en este mundo. Estaba adentro. Y cuando le tocaban a uno de los suyos, le tocaban el alma.

El Flaco, todavía adolorido, levantó la vista.

—Si van a buscarlo, yo quiero ir.

Rafa lo frenó con una mano en el hombro.

—Vos te curás. Nosotros buscamos.

Y mientras todos asentían, Mateo supo que esa noche no iba a dormir.

Porque la vida, a veces, también se tiñe de guerra.

El taller había quedado en silencio después del episodio del Flaco. Los motores apagados, las herramientas quietas, hasta la radio parecía haber bajado el volumen por respeto.

Rafa salió a la vereda sin decir mucho, pero al rato, uno por uno, los Cuervos empezaron a recibir el mensaje. Un simple texto, sin emojis, sin explicaciones:

"MISA. Mañana. Asistencia obligatoria. Rafa."

Mateo se enteró por Lua, que se lo soltó mientras repasaba una llanta en el fondo del taller.

—Rafa convocó a misa —le dijo, sin mirarlo.

—¿Misa?

—Reunión del club. De las serias.

Mateo se quedó helado. Nadie le había avisado nada. Ni un mensaje, ni una seña. Fue directo a buscar a Rafa, que estaba encendiendo un cigarro junto al portón.

—Che, Rafa… ¿y a mí por qué nadie me avisó?

Rafa lo miró de reojo. Su tono fue seco, casi militar.

—Porque es un tema del club. Vos no sos parte. No te preocupes.

Mateo sintió cómo algo le ardía en el pecho. No lo pensó. Lo largó sin filtro.

—Quiero ser parte del club. Y voy a ayudar a recuperar esa moto. Te guste o no.

Rafa lo observó en silencio unos segundos. El humo del cigarro se desvanecía entre ellos. Y entonces, algo en

su expresión cambió. Apenas, pero cambió. Un gesto que no era sonrisa, pero tampoco distancia.

—Está bien. Andá mañana. Pero no a la misa. Llegá una hora después. Si el club decide recibirte… entrás. Y te contamos todo.

Esa noche, Mateo salió a cenar con Lua. Parrilla de barrio, una birra compartida, los cascos colgados en la silla. Pero el ambiente estaba cargado.

Le contó todo. Cada palabra, cada gesto de Rafa. Y cuando terminó, Lua lo miró fijo. Seria. Sin adornos.

—¿Estás seguro?

—Más que nunca.

Ella bajó la vista. Jugó con la etiqueta de la botella y suspiró.

—Mirá que no es joda. Para ellos, el club no es un pasatiempo. Es su vida. Y sí entrás como prospect, no hay medias tintas. Te van a exigir lealtad, compromiso… y obediencia.

Mateo asintió.

—Lo entiendo.

—No, no lo entendés. Si el club decide ir a la guerra, vos no te podés negar. Y menos como prospect. No podés decir “no quiero”. No podés quedarte afuera. Entrar es para siempre. Y salir… no siempre es una opción.

Mateo la miró con los ojos firmes.

—No estoy buscando una opción. Estoy buscando un camino. Y me parece que ya lo encontré.

Lua no dijo nada. Solo alzó su vaso y brindó en silencio. Pero en el fondo de sus ojos, una sombra de preocupación se mezclaba con algo parecido al orgullo.

Porque ella lo sabía: Mateo ya no era sólo un pibe con ganas de vivir. Ahora era alguien que estaba dispuesto a pertenecer. Y pertenecer… a veces duele.

La cena con Lua había sido perfecta, pero breve. Después de dejarla en su casa, Mateo no pudo irse directo a dormir. Tenía el cuerpo cansado, pero la mente en llamas. Subió a La Fiera y dio una vuelta más, sin rumbo. Dejó que la calle hablara, que el motor le calmara los pensamientos.

Esa noche fue eterna.

El día siguiente lo encontró frente a una computadora en la oficina, con la mirada fija pero la mente en otra galaxia. La pantalla mostraba planillas, pero él veía rutas. Celdas vacías, pero él sentía el vacío en el pecho de la incertidumbre. ¿Y sí no lo aceptaban? ¿Y sí lo dejaban afuera? ¿Y sí sólo era un entusiasta y no un hermano más?

La jornada pasó como niebla espesa.

Entrada la noche, Mateo se dirigió por primera vez a la sede de los Cuervos. Iba sólo. Lua no podía estar, y eso lo hacía sentir vulnerable. Esta vez, no tenía red.

Estacionó La Fiera detrás de la reja principal y caminó con paso apurado hacia la puerta. No sabía bien a qué venía, pero sentía que algo grande estaba por pasar.

Afuera lo esperaba **Lito**, leyenda viva, casi fundador del club. Pelo blanco, panza curtida por cerveza y años, y una mirada que atravesaba generaciones.

—Pasá, pibe. Creo que Rafa tiene que hablar con vos —dijo, dándole un abrazo fuerte, de esos que no se olvidan.

Mateo tragó saliva. ¿Lo habían rechazado? ¿Lo iban a cagar a pedos? Infló el pecho y entró.

El salón principal era como un cruce entre un bar de cowboys y un taller abandonado. Barra de madera con botellas, mesitas desparramadas con sillas de todo tipo, motos desarmadas como esculturas, fotos de viajes, parches, y recuerdos en cada rincón. Una especie de santuario de la hermandad.

Varios Cuervos tomaban cerveza en silencio, sin tensión, pero con cierta solemnidad. Como sí supieran que algo estaba por cambiar.

—¿Dónde está Rafa? —preguntó Mateo.

Entonces, desde una puerta lateral, apareció **El Flaco**. Rengo, vendado, pero con la sonrisa intacta.

—Pibe. Por acá.

Mateo lo saludó y caminó tras él, directo hacia la puerta misteriosa. Apenas puso un pie en el umbral… **las luces se apagaron de golpe**.

—¡Eh! ¿Qué pasó?

Sintió un empujón en la espalda. Lo lanzaron hacia adentro. Tropezó, cayó de rodillas. Iba a protestar cuando… **las luces se encendieron** de nuevo.

Frente a él, de pie, serio pero con brillo en los ojos, estaba **Rafa**.

En las manos, un chaleco de cuero negro. Sin adornos, sin decoraciones. Solo **presencia**.

—Bienvenido, pibe —dijo, y alzó el chaleco—. Ahora vas a aprender que el agua… no se masca.

Y entonces, **el recinto estalló**.

Gritos, aplausos, abrazos, palmadas, botellas alzadas. Los Cuervos lo rodearon como a un hermano recién nacido. La risa de Lua resonaba en su memoria aunque no estuviera ahí. El humo de tabaco, el olor a cuero, las palabras entrecortadas… todo formaba parte de un ritual que Mateo jamás iba a olvidar.

Se puso el chaleco con manos temblorosas. En el frente, un pequeño gafete bordado: **"PROSPECT"**. No era miembro pleno aún. Pero ya no era un visitante. Ya no era un turista del asfalto. **Era parte del camino.**

Varias sensaciones lo atravesaron como viento de tormenta: orgullo, miedo, pertenencia. Pero también una punzada que no esperaba: su vieja. Su casa. Sus hermanas. La vida que quedaba del otro lado de la reja.

Por primera vez, asoció las palabras “guerra” y “mamá”. Y entendió que lo que había elegido no era sólo una moto y una campera. Era un código. Un estilo de vida que podía chocar con todo lo anterior.

Pero eso era algo para resolver *después*.

Ahora, tenía algo que hacer.

Rafa le pasó un vaso, brindó con él y habló con tono bajo pero firme:

—Mañana vamos a hablar de Mamut. Y de cómo se recupera lo que es nuestro.

Mateo asintió. Por dentro, una mezcla de miedo y fuego.

Sabía que no había vuelta atrás.

Pero también sabía que **el Flaco iba a recuperar su moto**.

Aunque tuvieran que prender fuego el Bajo entero.

La noche era densa. No por el clima, sino por el clima **entre ellos**.

En el taller de Rafa no estaban todos los Cuervos, sólo los elegidos para lo que se venía. Los que sabían

moverse. Los que sabían callar. Y, sobre todo, los que sabían cobrar.

Mateo, con su chaleco nuevo y su gafete de prospect aún caliente, no sabía sí debía estar ahí. Así que se dedicó a lo suyo: trapo en mano, limpiaba la mesa de trabajo con más obsesión de la necesaria. Pero su oreja no se despegaba del grupo que se formaba cerca del portón.

Los murmullos crecían. Voces graves, frases cortas. Algo se estaba cocinando.

De repente, un grito:

—¡Mateo! —la voz de Rafa, firme como un golpe de martillo.

Ese era el momento. No sabía sí lo estaban llamando para barrer… o para la acción.

Se acercó.

El grupo se abrió apenas. Estaban Rafa, el Flaco, el Indio, Lito, y otros tres que Mateo todavía no conocía por nombre pero sí por respeto.

Habló el Indio, con esa voz ronca que parecía arrancada de una Harley vieja:

—La encontramos. La moto del Flaco está en un depósito detrás de la sede de los Murciélagos.

—¿Eso está confirmado? —preguntó Rafa.

El Indio asintió, con una sonrisa torcida.

—Melina, la sobrina del Mamut, es la novia de mi ahijado. Ella hace la limpieza de la sede. La vio ahí. **Sacó fotos**.

Todos se miraron. Se respiraba humo, grasa, y planificación silenciosa.

—Perfecto —dijo el Flaco—. Vamos a buscarla. Yo tengo el fierro.

Silencio.

Una pausa tensa. Nadie lo aprobaba... pero tampoco lo discutía.

Hasta que Rafa levantó una mano.

—No juguemos igual que ellos —dijo, medido, calculador—. Seamos más inteligentes. **Y cobremos el doble de la deuda**.

—¿Vive alguien ahí? —preguntó.

—No. Es sólo sede. Van, toman, hacen ruido. Pero dormir, no duerme nadie —respondió el Indio.

—Entonces vamos de noche o de madrugada —dijo el Flaco, con los ojos afilados.

Fue entonces cuando Mateo, sin darse cuenta, soltó lo que pensaba en voz alta:

—Che… sí ya sabemos dónde está la moto, y hay fotos… ¿por qué no le decimos a la policía y que los manden en cana?

El silencio fue brutal. Y enseguida, risas burlonas, carcajadas que le sacudieron la médula.

—¡Este pibe es un cago de risa! —tiró uno.

—¿La cana? ¡Qué ternura! —dijo otro, casi llorando de risa.

Mateo no sabía sí reírse o pedir disculpas. Pero Rafa no se rió. Se le acercó, mirándolo a los ojos. Con respeto, pero firme.

—Nosotros **no** nos manejamos así, Mateo. Esto no se trata de justicia formal. Se trata de **código**. Y **código es ley**. Nosotros vamos a cobrarnos la deuda… **y aparte, le vamos a dejar un recuerdo para toda la vida**.

Mateo asintió, en silencio. No entendía todo, pero **empezaba a entender lo suficiente**.

Y en ese momento, sintió que el chaleco que llevaba puesto empezaba a pesar.Pero no lo iba a soltar.

El plan era simple. O eso parecía en la pizarra de madera que Lito usaba para anotar los datos.

—Camioneta discreta —empezó Rafa—. Nada llamativo. Oscura. Sin calcos ni logos.

—Yo tengo una Ford 81 —tiró uno desde el fondo—. Anda como piña, nadie le da bola.

—Perfecto. Carga, fuerza y anonimato. —asintió Rafa.

Siguió el Indio:

—Alicates grandes. Vamos a tener que cortar al menos dos candados. Uno en el portón y otro en el galpón donde guardan las motos.

—Los tengo —dijo otro, que sí bien no iba a participar directamente, había ayudado a juntar herramientas "sin hacer preguntas".

Y entonces, **el Flaco**, con los ojos brillando:

—Y un bidón de nafta. Por sí queremos dejar un mensajito.

Rafa miró a todos. Nadie discutió. Ya estaba decidido.

La madrugada llegó pesada. Calurosa. Con esa tensión que vibra en el aire cuando sabés que algo grande va a pasar.

Mateo iba en la caja de la camioneta con el bidón de nafta entre las piernas, envuelto en una lona. Llevaba el corazón como un martillo. Las manos húmedas. La cabeza explotada de adrenalina y duda.

El lugar estaba en silencio. La sede de los Murciélagos era una estructura chica, abandonada a la vista, pero funcional por dentro. De día parecía inofensiva. De

noche, un panal vacío. La trampa perfecta para entrar y salir rápido.

Estacionaron a una cuadra. Caminata sigilosa. Silencio absoluto. Solo el zumbido lejano de un transformador eléctrico.

—Indio, vos con el Flaco. Entren al galpón —ordenó Rafa.

El Flaco, rengo y todo, tenía más agilidad que muchos sanos. En segundos, habían cortado el candado del portón y levantado la traba oxidada del galpón.

Ahí estaba. **La moto.**

Cubierta con una lona, sucia, pero intacta.

—Vamos, rápido.

La subieron a la camioneta con la eficiencia de quien está sacando un tesoro.

Cuando todo parecía listo para irse, Rafa se acercó a Mateo.

—Te toca.

Mateo lo miró.

—¿Qué?

—Vos traés el fuego, pibe. Dejales algo para que se acuerden que esto no se hace.

Mateo tragó saliva. Agarró el bidón, lo destapó. El olor lo golpeó como una bofetada.

Avanzó sólo hasta el borde de la entrada. Roció la entrada de la sede, la base del portón, la escalera metálica que subía a la oficina. No se excedió. Fue preciso. Ritual.

Volvió sobre sus pasos, encendió una mecha improvisada y… **fuego**.

El calor estalló con un rugido que pareció contestar a La Fiera.

La sede no se incendió por completo, pero las llamas lamieron su fachada como una advertencia escrita con napalm.

Salieron rápido. No miraron atrás.

Esa noche, Mateo volvió a su casa. Eran las 4:23 AM. La Fiera dormía en el patio del edificio. El chaleco colgado en la silla. El olor a humo todavía en su piel.

Se sentó en la cocina, sólo, con un vaso de agua. No podía dormir. No todavía.

Pensó en **su vieja**. En su mirada inocente, en su miedo constante a “la calle”.

Pensó en **sus hermanas**, que lo veían como el ejemplo, el sensato, el “buen hermano”.

Pensó en **Lua**, que sabía más de esto que él, y sin embargo lo había advertido. Porque lo quería. Porque quería salvarlo. O al menos prepararlo.

Y pensó en **el club**. En los abrazos, en el fuego compartido, en los códigos que ya le latían como un tatuaje interno.

Ahí estaba su dilema: lealtad al club, o protección de los suyos.

Pero entonces lo entendió. **No era una elección.**

La única forma de proteger a los suyos… era **hacerlos parte**.

Integrarlos. Amalgamar ambos mundos. Que su vieja, sus hermanas, y hasta Lua entendieran que los Cuervos **no eran una amenaza**. Que eran familia.

Una familia que no se elige con sangre, sino con acción.

Terminó su vaso de agua. Se secó la cara. Y decidió que al otro día, iba a hablar con ellas. Iba a decirles todo. Porque no se puede esconder lo que uno *es*. Y Mateo… ya se sentía un Cuervo. Con todo lo que eso implicaba.

Pasaron los días. La sede de los Murciélagos quedó carbonizada en su fachada, pero ellos, curiosamente, no dijeron ni mu. Ni llamadas, ni amenazas, ni rumores. Silencio absoluto. Como sí hubieran entendido el mensaje: con los Cuervos, no se jode.

Mateo aprovechó esa calma para hacer algo que sabía inevitable: **hablar con su familia**.

La charla con su vieja fue… complicada.

—¿Moto qué? ¿Motoclub? ¿Cómo que "incorporado"? ¿Vos estás metido en una banda?

—No, má… no es una banda. Es una familia. Un grupo con códigos. Con respeto. Con historia.

—¿Historia? ¿Y las peleas? ¿Y lo que muestran en la tele? ¿Y sí un día no volvés?

Mateo intentó explicarle todo con calma. Le habló del taller, de Rafa, del Flaco, de lo que había aprendido. Pero ella sólo escuchaba con miedo. No lo entendía del todo. Aunque al final, le dijo algo que lo desarmó:

—Yo no entiendo este mundo tuyo, hijo. Pero sí eso te hace sentir bien… sólo te pido que te cuides y no hagas cagadas

Las hermanas fueron más abiertas. Lo cargaron, lo escucharon, le pidieron que las lleve a un asado. Una de ellas incluso se enamoró del parche en su chaleco y le pidió que le presente un motero. Era un comienzo.

Con Lua las cosas iban viento en popa. Seguían sin ponerle nombre, pero no hacía falta. Había encuentros, charlas, alguna que otra noche en la misma cama, risas, silencios y hasta discusiones con final feliz. A Mateo le gustaba que no hicieran planes. Que todo fluyera con el viento. Como el asfalto.

Los días de Mateo se dividían en tres: **el taller, Lua, y el club**.

Y dentro del club, *hacer carrera* no era una frase simbólica. Era literal. **Laburar, estar, servir, y aprender**. Nada de quejarse, nada de hacerse el canchero.

A veces le tocaba limpiar la sede: baldear el salón, sacar el olor a cerveza rancia, salir en plena reunión o junada a comprar puchos y acomodar sillas. Otras, se encargaba de hacer las compras para las reuniones: cargar carne, carbón, bebidas, hielo.

También tenía que atender la barra, servir vasos sin preguntar, escuchar mucho y hablar poco. A veces, sí le daban el lugar, se encargaba de los choris los días de juntada cuerva. Ya le decían “el parrillero del sur”.

Las tareas no eran glamorosas, pero eran su camino. Su forma de demostrar que estaba **adentro para quedarse**.

Terminaba cada semana con el cuerpo molido, olor a humo en la ropa y manos con grasa que no salía ni con cepillo. Pero cuando se miraba al espejo, había algo nuevo.

Tenía el alma viva.

Y por primera vez, no necesitaba escapar de nada. Solo quería seguir rodando.

Pasaron los meses, y la vida de Mateo se parecía cada vez más a una película que jamás se habría imaginado protagonizar.

Tenía su rutina perfectamente desordenada entre el taller, las reuniones del club y las escapadas con Lua. Era querido, respetado y ya no miraba hacia atrás. El pibe de la oficina que soñaba con motos había quedado lejos, como un personaje secundario de otra historia.

Con Lua las cosas eran… *lindas*. No perfectas, pero reales. Tenían sus diferencias, pero se encontraban en la risa, en la ruta, en los silencios compartidos.

Hasta que un domingo, volviendo de un motoencuentro, todo cambió.

Era tarde, la ciudad dormía y La Fiera roncaba serena bajo las luces anaranjadas de la calle. Mateo frenó frente a su casa, esperando que Lua bajara de su moto para subir con él. Pero no lo hizo.

Se quedó quieta, con el casco todavía puesto, como sí estuviera pensando cómo decir algo que ya estaba decidido.

—¿Me acompañás al taller de Rafa? —dijo, sin mirarlo.

No hizo falta nada más.
Mateo supo, en ese instante, que **algo pasaba**.
O estaba por pasar.

Mateo la notó distinta desde que se bajó de la moto.

No había tensión, no había distancia… había **silencio claro**, de ese que huele a nada bueno.

Estaban en el taller, Rafa había salido a buscar unas pizzas. El lugar olía a grasa, como siempre. Pero esa vez… también olía a final.

Lua lo miró. Directo. Sin adornos.

—Me voy —dijo.

Mateo parpadeó.

—¿Cómo?

—Me voy del país. Me salió una oportunidad… afuera. Y la voy a tomar.

Mateo no sabía sí abrazarla o pedir más detalles. Pero ella no le dio opción.

—No lo planeé así. Pero me di cuenta que… estoy en otra. Que este mundo —señaló el taller con la cabeza—, el club, todo esto… ya no vibra igual conmigo. Y vos sos parte de eso, Mateo.

Mateo bajó la mirada. Se le rompía el pecho. Pero no dijo nada.

Lua se acercó, le tocó el hombro, suave.

—No me odies. No me esperes. Y no me sigas. Vos tenés lo tuyo. Y vas a llegar lejos. Pero **yo ya no soy parte de ese camino.**

Y así como llegó, se fue.

Sin beso. Sin abrazo. Sin mirar atrás.

Esa noche, Mateo no habló. No lloró. No rompió nada.

Solo **pensó**.

Y ahí, en la oscuridad de su cuarto, con el casco en el suelo y el chaleco colgado, **imaginó hablarle**. No para traerla de vuelta. Sino para cerrar.

- Lua...

Sé que no vas a escuchar esto. Pero igual lo digo, aunque sea al aire, aunque sea para mí.

No te culpo por irte. Y tampoco te agradezco que lo hicieras así. Pero te entiendo. Y eso me duele más que el abandono.

Te fuiste con la misma libertad con la que llegaste. Sin pedir permiso. Sin dejar promesas.

Y está bien. Porque sos de esas personas que no se atan, que no negocian su instinto. Que sí sienten que algo terminó... simplemente se van. Como una tormenta que pasó y dejó el suelo fértil.

Pero hay cosas que me quedaron atragantadas.

Me hubiera gustado decirte que **yo sí te elegía**. Que aunque este mundo tenga humo, fierros y peligros, vos eras mi parte favorita del caos.

Que cuando me hablaste del corazón mecánico con alas, yo supe que me habías visto entero. No como me mostraba… sino como realmente soy.

Y sí. Me dejaste sólo en el medio de una ruta que ahora tengo que seguir sin GPS. Pero te juro que voy a seguir.

Porque sí algo me enseñaste… es que nadie se queda sí ya no vibra igual. Y eso no te hace cobarde. Te hace honesta.

Así que, sí alguna vez pensás en mí, en una curva de otro país, con otra vida, o con otro flaco...

No pienses en lo que rompiste. Pensá en lo que dejaste encendido.

Porque yo, Lua...**todavía vivo con fuego.**

Después de la ida de Lua, Mateo no se derrumbó. No se hizo el fuerte, tampoco el mártir. Simplemente, **siguió**.

El dolor le latía en el pecho como un tatuaje mal curado. Pero eligió transformarlo en empuje. En cada laburo del taller, en cada rodada con el club, en cada nueva cicatriz que sumaba al alma.

El club no le preguntó nada. No lo abrazó. **Lo sostuvo**.
Rafa le daba más tareas, pero también más espacio.
El Indio le alcanzaba una birra sin decir palabra.
Lito, entre risas de whisky barato, le soltó:

—Ahora sí, estás curtido, pibe.

Mateo sólo sonrió. Ya no necesitaba aprobación.
El chaleco de prospect empezaba a quedarle como segunda piel.

Pasaron los meses. En cada pueblo visitado, Mateo dejaba una risa, una anécdota y alguna historia fugaz con alguna minita que conocía en un bar, en una parrilla, en una feria. Nada serio. Nada que durara más que una noche o una charla sincera.**Solo vivía**.

Y aunque por dentro a veces sentía el vacío de no tener a Lua en su vida, **ya no dolía como antes**. Dolía como cuando apretás un músculo ya cicatrizado. Un recuerdo. No una herida.

Casi un año después del día en que había recibido su chaleco de *prospect*, se organizó una **juntada clave**. No le dijeron bien por qué. Solo le pidieron que esté. Que llegue con el chaleco puesto y listo para todo.

Esa noche, en la sede, no había música fuerte. No había joda descontrolada.
Había solemnidad. Expectativa. Y esa energía que se siente cuando va a pasar algo importante.

Rafa lo llamó al centro del salón. Todos lo rodearon.
El Flaco estaba al lado de la Barra. El Indio, con un vaso en mano.
Lito, sentado en su banquito, lo miraba como sí fuera su nieto.

Y entonces, Rafa alzó el chaleco nuevo.
Negro, limpio, pesado.
Con el **parche completo**.
Y su nombre bordado: **MATEO**.

—Hoy dejamos de probarte. Y empezamos a confiarte. Desde ahora… **sos Cuervo. De verdad.**

Mateo lo recibió sin lágrimas. Pero con el alma hecha cenizas.
No pudo evitar mirar la puerta, deseando que Lua entrara, aunque más no fuera como sombra.

Pero no. No entró Lua.

Entró **su madre**, Y detrás, sus hermanas.

Con una torta rectangular, casera, mal decorada pero gloriosa, que arriba decía:
"FELICIDADES CUERVO" en glasé rojo, tembloroso.

Las luces bajaron. Las risas explotaron.
Mateo se llevó las manos a la cara, esta vez sin miedo al llanto.

Rafa, sin decir nada, lo abrazó fuerte.
Y Lito gritó:

—¡Ahora sí, hermano de ruta… y con bendición de familia incluida!

Mateo no sabía sí reír, llorar, abrazar o agradecer. Así que hizo todo junto.

Porque entendió que su vida no era perfecta.
Ni lineal. Ni siempre justa.Pero era **suya**. Forjada a fuego, con cuero, amor, pesar y asfalto.

Pasaron unos meses, la noticia llegó un martes, de golpe y sin anestesia: **recortes de personal**.

La empresa cerraba una sucursal y Mateo, después de años de laburo impecable, quedaba afuera.

No hubo enojo. No hubo bronca. Solo un dejo de nostalgia.

—Fuiste un gran empleado, Mateo —le dijeron—. Te vas con la frente en alto y una buena indemnización.

Y así fue. Le dieron lo que le correspondía. Buena plata. Más de lo que esperaba.
Todos le preguntaban lo mismo:

—¿Y ahora qué? ¿Te vas a comprar una nave nueva? ¿Jubilás a La Fiera?

Mateo se reía.

—¿Cambiar a La Fiera? Ni en pedo. Esa moto me cambió la vida. No se la cambia como sí fuera un calzoncillo.

Esa noche, lo habló con su vieja. Estaban en la cocina, como cuando era pibe. Mateo con una birra. Ella con un mate en la mano.

—¿Y qué vas a hacer ahora, hijo?

Mateo la miró, y por primera vez, lo dijo sin miedo:

—Voy a poner mi propio negocio, má. Un local para moteros. Accesorios, cascos, camperas, repuestos.
Un lugar nuestro. Con alma motera.

La vieja lo miró, medio sorprendida, medio emocionada.

—¿Y eso te va a dar para vivir?

Mateo sonrió.

—No sé sí para hacerme rico… pero seguro me va a hacer feliz.

Gracias al club, al taller, a los contactos que había cosechado en cada viaje, Mateo empezó a **levantar su local**.

Le puso un nombre sencillo pero potente:
"Kilómetro Cero".

Un lugar con olor a cuero nuevo, música rutera, mates eternos y paredes llenas de fotos y parches.
Un rincón donde los Cuervos tenían descuento, y los pibes nuevos se sentían bienvenidos.

Con el tiempo, Mateo encontró algo más que estabilidad económica: **encontró libertad real.**

Vivía más simple. Ya no corría atrás del reloj.

Tenía tiempo para **rodar con sus hermanos**, para compartir asados improvisados en la sede, para ir a motoencuentros sin pedir permiso.

A veces se lo cruzaban en la puerta del local, con una sonrisa tranquila y el chaleco al sol, mientras le enseñaba a un pibe nuevo cómo ajustar una cadena o qué guantes elegir para un primer viaje.

Porque ahora, Mateo no sólo vivía su ruta, Ayudaba a otros a encontrar la suya.

Como siempre. Como debe ser.

El sol bajaba despacio sobre el techo del Sede de los cuervos. Uno cuantos se habían juntado para preparar una movida nocturna. Parrilla en la sede, charla, y quizás alguna rodada más tarde, sí pintaba.

Mateo estaba en la vereda, con el chaleco cerrado y mirando a un pibe nuevo. Tendría unos 20 y pocos, pelo revuelto, ojos con hambre de asfalto. Era su "ahijado", su primer *prospect*, el primero que él mismo había acercado al club.

Lo miró con esa mezcla de ternura y respeto que se le tiene a los que están por empezar.

—Mirá que esto te va a cambiar… y te va a doler —le dijo.

El pibe, con esa insolencia linda de los que todavía no chocaron, respondió sin dudar:

—Ya quiero ser miembro pleno.

Mateo se rió suave. Bajó la mirada, pensativo.

Y entonces, se lo dijo:

—Mirá, hermanito…La vida no es una carrera. No hay medallas ni atajos. Es una ruta desconocida, con baches, subidas y curvas cerradas…Pero que merece ser recorrida. Centímetro a centímetro.

Con los dientes apretados, el viento en la cara…**y los ojos bien abiertos.**

Porque eso había aprendido.

Que los golpes no se esquivan.Que las pérdidas no se entierran: **se integran**. Y que la única manera de llegar… **es transitando**.

No se saltea el dolor.No se apura la felicidad. **Se vive. Se mastica. Se abraza.**

Mateo se puso el casco. Se ajustó los guantes. Caminó hacia **La Fiera**, que lo esperaba como siempre: fiel, curtida, compañera.

Estaba por subir cuando el pibe le gritó:

—¡¿A dónde vas?!
Mateo giró apenas la cabeza. Lo miró por encima del hombro, con una sonrisa tranquila.

Y dijo:

—Me voy a ser feliz.

Encendió la moto. El rugido del motor fue como una carcajada de libertad.

Y sin decir más, se perdió en el horizonte.

Curva tras curva. Sin mapa. Sin apuro. Con el alma viva.

Como siempre. Como debe ser.